

PREGÓN DE FIESTAS
1994

Hipólito Palao Martínez

Nace en Yecla; estudia Derecho en la Universidad de Madrid. Fue Oficial Mayor del Excmo. Ayuntamiento de Yecla, actuando la mayor parte del tiempo como Secretario. Impartió clases en el I. E. S. "Azorín". Responsable de los Cursos Prematrimoniales de la Purísima. Falleció en 1999.

*Para mí, este pregón es algo más que un Pregón.
Quiero que sea además, un homenaje.
Por eso lo voy a empezar de una manera inusual.
Con un brindis.
Un brindis al cielo.
Dedico este Pregón a mi padre, que me ve desde*

arriba:

*A tí, que me enseñaste a amar a María.
A tí, que me diste ejemplo con tu vida sencilla y*

silenciosa.

*A tí, que te abrazabas a la bandera cuando fuiste
Mayordomo y decías que no te cambiabas ni por el Jefe del Estado.
A tí, con mi recuerdo emocionado y agradecido.*

Si yo fuera historiador, narraría los orígenes de la fiesta, su evolución, sus conexiones con la mentalidad de nuestro pueblo.

*Si yo tuviera sensibilidad de poeta, cantaría las excelencias de
Nuestra Señora, ensartaría mis rimas cadenciosas en un bello poema lírico.*

Si yo fuera teólogo, profundizaría en la esencia de la virginidad, descubriría los atributos y perfecciones de María.

Pero no soy ni historiador, ni poeta, ni teólogo.

Mi único merecimiento —si puede considerarse así— y mi único bagaje es el ser un hijo enamorado, de su Madre y de su pueblo. Y como tal voy a hablar. Sencillamente. Llanamente.

Cuando la fiesta se respira en el ambiente, cuando los arcabuces atruenan por todos los rincones de Yecla, quiero que mi pregón sea una salutación jubilosa que anuncie el comienzo oficial de la fiesta.

Yo quiero hablar de Yecla, de mi querida Yecla, de este bendito pueblo que me vio nacer y al que en buena hora volví después de unos años de ausencia para construir aquí mi vida, para entregarle, desde la casa común que es el Ayuntamiento, todo mi trabajo, mi esfuerzo y mis conocimientos profesionales.

Una Yecla que es encrucijada de tres provincias, históricamente fronteriza entre los reinos de Castilla y Aragón, pero con personalidad propia que nos distingue de lo murciano y con claras influencias castellanas y levantinas. Como afirmó alguna pluma ilustre y recordó desde esta misma tribuna un insigne pregonero de nuestras fiestas, “Yecla es una síntesis de España”, y “los hombres de Yecla son paradigma de los hombres de España, que condensan y recopilan todas las virtudes y todos los defectos de los españoles”.

Pueblo viejo como el español, suma y compendio de muchas culturas. Pueblo adormecido, con la voluntad perdida —como España— cerrado durante siglos a la cultura, al pensamiento y a las técnicas modernas, por una serie de concepciones religiosas equivocadas. Pero en el momento actual, —también como nuestra España— abierto gozosamente al futuro y a la vida, a la empresa expansiva, a la iniciativa creadora, al trabajo tesorero, a la alegría de vivir. Y todo ello, sin perder lo esencial de nuestra identidad.

La Yecla que nos ha tocado vivir ofrece una síntesis armoniosa de tradiciones y modernidad.

Una ciudad que se afana en el trabajo de las fábricas donde, cuando es necesario, no hay límites de horas. Cientos de pequeños y medianos talleres que nos hablan de iniciativas, de independencia, de autonomía, de creatividad. Que están consolidando unas clases medias amplias que son las que dan estabilidad al entramado social del pueblo. Y todo ello sin abandonar la agricultura, base tradicional de nuestra economía.

Una ciudad despierta a todos los aspectos de la cultura, que tiene su raíz y su punto de origen en el viejo Colegio de Escuelas Pías: un teatro con una programación ponderada, que abarca todos los géneros escénicos; un cineclub inquieto; una biblioteca pública abundantemente nutrida tanto de libros como de lectores; un ateneo literario creativo; una universidad popular polifacética; una Asociación de Amigos de la Música vivero de grandes solistas; dos Institutos cuna de nuevas generaciones de titulados; un Grupo de Coros y Danzas "Francisco Salzillo" que ha tenido el acierto de rescatar y representar lo mejor de nuestro folclore; una Asociación de Mayordomos de la Purísima Concepción que no se limita a organizar las fiestas patronales, sino que además promociona la cultura y la convivencia fraternal. En definitiva, un pueblo que quiere saber, que quiere elevarse; unos ciudadanos sensibles que se esfuerzan cada día para enriquecer más y más su personalidad.

Una ciudad abierta a gran número de actividades deportivas, que no es del caso enumerar.

Una ciudad que no renuncia a la fe de sus mayores, sino que la renueva, la actualiza y la enriquece con la propia vivencia personal.

Todo, igual que nuestras fiestas:

Que se rigen por unas ordenanzas seculares, pero actualizadas.

Que mantienen la participación primordial del hombre, pero dan entrada a la mujer en esa innovación ya consolidada que es la ofrenda floral.

Que sin perder su carácter austero, protocolario y solemne, empie-

zan a admitir algunas variantes que, sin afectar a su esencia, las hacen más acordes con los tiempos actuales.

Esta es la Yecla de hoy. La Yecla apasionante que nos ha tocado vivir.

Una de las cosas que más profundamente nos identifican son las Fiestas de la Virgen, que constituyen parte fundamental de nuestra historia y de nuestra cultura.

Lo más importante de nuestras fiestas es la comunicación, una comunicación que tiene una triple vertiente.

En primer lugar la comunicación entre la gente. La comunicación interpersonal. El tú a tú. Porque el pueblo sale a la calle. Y se encuentra. Y se comunica. Las calles de Yecla son ríos humanos de gentes que confluyen camino de la Iglesia. Porque Yecla tiene una Iglesia, así en singular y con mayúscula. Y luego están el Niño, San Juan, el Hospitalico y San Nicolás. Decía que estos ríos humanos que son las calles de Yecla desembocan todos en la Iglesia. Y en este fluir, en este ir y venir, las gentes de Yecla se encuentran con el amigo, con el conocido, con el vecino. Y se comunican y esta comunicación es una forma de confraternización, de unión. Pero, además, las familias se visitan, comen juntas, estrechan lazos, como en un prelude de la Navidad que se avecina. Y luego están los cuarteles de las escuadras, donde los tiraos conviven cotidianamente junto con sus mujeres, hijos y amigos. Es la comunicación interpersonal.

Pero hay un aspecto más importante: la comunicación de abajo a arriba. Porque estos yeclanos que animadamente se comunican por las calles, en las casas, en los cuarteles y hasta en las mismas naves laterales de la basílica, llega un momento en que callan. Callan las bocas, porque comienza a hablar el corazón. Unas palabras mudas, profundas, personalísimas, sentidas, confidenciales, irrepetibles. Yo siempre me he preguntado qué dirá esa mujer que eleva los ojos llorosos hacia la imagen de su Patrona al tiempo que suspira hondamente. ¿Y el niño, mientras, como un torbellino, se arrodilla, se

santigua, se levanta, empuja al amigo, ríe y apenas le quedan unos segundos de quietud?, ... ¿qué dirá ese niño? ¿Y las parejas de jóvenes?: Cuántos deseos, cuántos proyectos, cuánta incertidumbre, cuánta ternura, cuánta ilusión... Y ese hombre duro y rudo, que apenas cree, que se avergüenza de que lo vean en la iglesia porque eso es cosa de mujeres, por eso se coloca cerca de la puerta, apenas un momento, como avergonzado, pero también levanta los ojos unos instantes, ¿qué le dirá a su Virgen? Siempre me he formulado estas preguntas, porque en una ocasión escuché casualmente una plegaria personal. Día de la Subida; primera hora de la tarde; la imagen de la Virgen colocada ya en las andas al pie del presbiterio. Una mujer ya mayor, menuda y flaca, con una mano agarrada a la vara de las andas. Decía en un susurro "Madre, hasta el año que viene... si no nos vemos antes en el cielo". Así de sencillo, así de profundo. Si queréis entrar en el Reino de los Cielos tenéis que haceros como niños, dijo Jesús. Y esta anciana se encontraba totalmente confiada, dependiente, a expensas de su Madre, como una niña: "si antes no nos vemos en el cielo".

Pero todavía existe una comunicación más fundamental. Es la comunicación de arriba abajo. Es el regalo de la madre amorosa. Es el amor que llena los corazones. Y el gozo que nos hace saltar y gritar y cantar. Y la generosidad que nos vuelca hacia el necesitado. Y la fe que se fortalece. Y la paz que nos inunda. Y el ansia de renovación, de dejar atrás equivocaciones y errores, de limpiarnos de nuestro pecado. Por eso una de las cosas que más me impresionan de nuestras fiestas son las largas colas que se forman para recibir ese mal llamado sacramento de la penitencia o de la confesión y que debería llamarse sacramento de la reconciliación, de la renovación y del gozo. Porque de ahí surge el hombre nuevo. Y todo es como una lluvia generosa, como un regalo divino que la Madre derrama sobre su pueblo. Es la comunicación de arriba a abajo.

Después de resaltar estos aspectos sobre la comunicación, quiero hablar sobre todo de nuestra Patrona. Porque el primer y fundamental rasgo de nuestra fiesta es que se trata de una fiesta religiosa. Hablando de otro tema, hace años, resaltaba que Yecla es un pueblo diferente de los que nos circundan.

Es curioso observar cómo Caudete hace coincidir la feria con la celebración de su patrona la Virgen de Gracia; Cieza une la feria con la festividad de San Bartolomé; Fuenteálamo confunde la fiesta civil con la patronal de San Dionisio; Jumilla unifica las fiestas del vino y la feria con la Virgen de la Asunción; Montealegre fusiona feria con fiestas de la Virgen de la Consolación y Pinoso aglutina su "fira" con las fiestas patronales de la Virgen del Remedio.

Tan sólo Villena y Almansa, que celebran con fuerza sus fiestas de moros y cristianos coincidiendo con la celebración de la Virgen de las Virtudes y la Virgen de Belén, mantienen unas débiles ferias al margen de sus fiestas religiosas.

Frente a todo esto, Yecla diferencia perfectamente dos grandes celebraciones: la Feria de Septiembre —fiesta civil— y las Fiestas de la Purísima, que tienen una raíz y una motivación exclusivamente religiosa. Y el centro de la fiesta es la Virgen del Castillo. Pero no podemos quedarnos en la simple imagen, que esto sería una idolatría, sino que hemos de profundizar más y decir que esta imagen representa a María de Nazaret, la Virgen Nazarena, la mujer de la que nació Jesús llamado el Mesías (Mt. I, 16), la Madre de Dios y nuestra Madre.

También conviene recordar que "la verdadera devoción (mariana) no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a recordar la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes" (Lumen Gentium, 67).

Y es que hay muchas personas que creen conseguir de la Virgen lo que no pueden conseguir de Dios. Por eso hay que empezar diciendo que es imposible amar a María sin amar, al propio tiempo y sobre todo, al Padre y a Cristo. Igual que es imposible amar al Padre y a Cristo sin amar, al propio tiempo, a María, nuestra Madre.

Pero quizá todos tengamos algo de culpa en las deformaciones

que se dan, porque nos hemos quedado en la cáscara, en la hojarasca, en las costumbres y en las tradiciones y no hemos querido llegar al fondo de la verdad, al fondo de la revelación, que está en Evangelio. Nuestra época está pidiendo a gritos una vuelta a las fuentes de la Escritura. Y tenemos que afirmar rotundamente que el Evangelio es la fuente más auténtica y fecunda de la verdadera piedad y de la verdadera devoción marianas. Hay que invitar a todos los que nos llamamos cristianos a una nueva lectura del Evangelio. Y no hay que inventarse nada más. Porque la realidad de María que nos ofrece el Evangelio es lo suficientemente hermosa, lo suficientemente sugestiva y lo suficientemente atrayente para que tengamos que exagerarla con invenciones y con cosas extrañas.

Antes de hablar de María quiero resaltar que el culto a nuestra Madre no es cosa de Yecla, ni siquiera de España. Es algo universal. Al visitar las desiertas, oscuras y silenciosas iglesias de Francia observé con sorpresa que los únicos altares con algunas luces y flores eran los que albergaban una imagen de Nuestra Señora.

Y me ha llamado la atención saber que el culto a la Virgen se extiende más allá de los límites de la Iglesia Católica. La declaración del Concilio Vaticano II sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas nos dice que "los musulmanes honran a María, Madre virginal de Jesús, y a veces también la invocan devotamente". Y el Decreto sobre Ecumenismo nos recuerda que las iglesias orientales "ensalzan con hermosos himnos a María siempre Virgen, a quien el Concilio Ecuménico de Éfeso proclamó solemnemente santísima Madre de Dios".

Muchos poetas y predicadores, cuando hablan de la Virgen prefieren hablar de la Reina —que lo es— coronada de oro, subida en su trono, escoltada por ángeles y rodeada de estrellas. Se prefiere la clave triunfalista a la otra más humilde de lo humano. Yo, sin embargo, prefiero una María más cercana, más familiar, más íntima, una María sencillamente mujer a la altura de nuestros problemas, de nuestras dificultades, de nuestro trabajo cotidiano, de nuestras alegrías y nuestras tristezas. Una mujer que hace con la máxima perfección todo lo que hacen las mujeres de su época. A mí me

gusta imaginar a María cumpliendo con eficacia y con alegría todas las tareas del hogar. Y esto hay que proclamarlo ahora. Cuando hoy, afortunadamente, la mujer puede optar con libertad, puede elegir su propio destino y a pesar de ello muchas mujeres en el fondo reniegan de su condición y quisieran ser otra cosa, hay que reivindicar la importancia de ser mujer como María. Una mujer que es —no lo olvidemos— esposa y madre de obreros. Y afirmar rotundamente que esta opción es tan digna, ni más ni menos, como la decisión femenina de convertirse en juez o catedrático. Y el propio Jesús en las dos ocasiones recogidas en el evangelio de Juan, en las bodas de Caná y en el momento supremo del Calvario, cuando se dirige a su Madre la llama así: MUJER. Nada más; sencillamente mujer. Y esta María-Mujer es un ejemplo a seguir; un modelo a imitar; como nos dice el Concilio Vaticano II en la Constitución “Lumen Gentium”.

Pero, sobre todo, me gusta hablar especialmente de la maternidad, porque el ser MADRE es la condición más importante de María. Jesús podía haber venido al mundo directamente a la edad de 30 años para iniciar ya su predicación y su vida pública. Sin embargo, quiso nacer en el seno de una familia como cualquier personal normal. Y antes de venir, todo un Dios, pide permiso respetuosamente a la que había de ser su Madre.

En otra ocasión —hace ya algunos años—, a petición de la Asociación de Mayordomos, hablé del sí de María. Un tema apasionante, precioso, en el que ahora no debo entrar. Baste decir que el sí de María es algo trascendental, algo que transforma el mundo, que cambia la historia. Porque a partir de ese momento, el mismo Dios forma parte de la raza humana. No quiere dirigir el mundo desde arriba, sino que quiere participar como protagonista en la propia historia del hombre.

Pero María encarna a Dios no para ella sola, sino para darlo al mundo. María fue la primera en recibir el cuerpo de Dios, fue la primera en comulgar, como dice Evelyn. Fue el primer sagrario viviente. Y al final acabó comprendiendo que en esta concepción no acogía a Dios para ella sola, que nunca lo tendría para ella sola, porque Cristo no se pertenecía a sí mismo, sino que había venido para darse a los demás.

A este respecto, señala el padre Pronzato, que no le gustan ciertas imágenes de la Virgen con el niño apretado junto a su pecho. Estos artistas —dice— no han entendido nada de la actitud fundamental de María, que es oblativa, no acaparadora. Hay una imagen de las Hermanitas de Carlos de Foucauld con la Virgen inclinada hacia delante, mientras sus manos sostienen al niño como una patena, para ofrecerlo. También el niño, sonriente, parece escapar de las manos de su Madre y tiende los brazos como buscando otros infinitos brazos que lo reciban. Tanto en el Niño como en su Madre se advierte una especie de impaciencia: la impaciencia del don, de la entrega.

Pero aún hay más: es cuando María amplía su maternidad en el momento supremo del Calvario, al pie de la cruz. “Dijo Jesús: mujer, éste es tu hijo. Y luego, al discípulo: ésta es tu madre” (Jn, 19, 26-27). A partir de ese momento —como dice el abate Evelyn— María es la Madre de la comunidad cristiana, la Madre de la humanidad entera. Jesús nos la ha regalado. Y María acepta con un sí mudo, acongojado, pero firme. En ese momento solemne, María pare con dolor a toda la humanidad entera, se convierte en la Madre de todos, incluso en la Madre de los que no la quieren, de los que no la conocen, de los que no la aceptan, porque una Madre no discrimina entre sus hijos. María ha parido de nuevo con un dolor inmenso. Y nosotros ya tenemos Madre, hasta en eso abundamos, hasta aquí llega la bondad del Padre.

En el Calvario es donde María llega a ser plenamente Madre, donde se entrega entera, donde coincide con todos los pensamientos, con todos los deseos, con todo el sufrimiento, con todos los proyectos y con toda la misión de ese Hombre que era a la vez su hijo y su Dios. Allí lo da a luz por segunda vez, allí asistimos al alumbramiento de su gran obra: la redención. Y María consiente también con un dolor supremo, con un dolor infinito. Y es entonces, porque amó más que nadie y porque sufrió más que nadie, cuando recibe el privilegio de ser la madre de todos, la madre de la humanidad entera.

Pero María será verdaderamente Madre en la medida en que nos ayude a encarnar en nuestras propias vidas a su hijo Jesús.

Hace once años, la Hospitalidad de Lourdes me invitó para que diera una charla sobre María en una convivencia regional. Y empecé a leer con sosiego los Evangelios, donde yo pensaba que la Virgen “salía poco”, pero lo cierto es que aparece siempre en momentos clave y ¡con qué intensidad de presencia! Leí textos de los autores que me han acompañado y orientado en el peregrinar de mi fe —el abate Evelyn y el padre Pronzato, cuyas citas estoy trayendo continuamente a este Peregón. Y en aquellas tardes de preparación solitaria, en el silencio de mi despacho, sentí cómo poco a poco me invadía un gran gozo, un sentimiento filial, de amor, de agradecimiento.

Aprendí a querer, a admirar, a esa mujer pequeña a la que llaman bienaventurada todas las generaciones. Después de contemplar a esta María:

Mujer...

Concebida sin mancha de pecado...

Que pronuncia un sí que nos trae a Jesús...

Que participa de una manera tan decisiva en la obra de la redención...

Que se pone en camino para servir a su prima necesitada...

Que nos comunica su gozo...

Que es capaz de soportar con una gran fe toda una serie de acontecimientos aparentemente sin sentido, mientras resonaba densamente el silencio de Dios: Las dudas de José..., la marginación por su embarazo..., el “no hay sitio en la posada”..., el nacimiento de su hijo en un establo..., la emigración a Egipto..., la matanza de inocentes..., la huida de Jesús a los doce años..., los treinta años de silencio, de monotonía, en los que no sucedía ningún acontecimiento notable..., las palabras aparentemente duras de Jesús (“¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?”)...) y a pesar de todo ello, María sigue manteniendo su fidelidad...

Que medita incansablemente la palabra de Dios en el fondo de su corazón y allí precisamente está el secreto de su fortaleza...

Que está atenta a las necesidades de los demás en Caná de Galilea...

Que se mantiene “de pie” durante la catástrofe del Gólgota, cuando todo parece que se hunde...

Que nos entrega a su hijo en el parto universal del calvario, cuando se convierte en Madre de la Humanidad entera...

Que ora con la Iglesia y espera la llegada del Espíritu...

Que se maravilla por las grandezas de Dios y por lo que es capaz de hacer con la pequeñez de sus criaturas...

Cuando contemplaba toda esta trayectoria evangélica de María, inevitablemente me entraban ganas de gritar, de proclamar gozosamente el descubrimiento de María como Mujer y como Madre. Y me encontré con la letanía. Yo que no soy rezador de rosarios, me di cuenta de que son piropos. Y los piropos no se deben decir con aire cansino, de una manera automática, mortecina, medio adormilados. Y probé a piropoarla, pero con fuerza, en su letanía. Y es hermosísima: ¡Madre de Cristo!... ¡Madre amable!... ¡Madre admirable!... ¡Madre del buen consejo!... ¡Madre del Creador!... ¡Madre del Salvador!... ¡Virgen digna de veneración!... ¡Virgen digna de alabanza!... ¡Virgen poderosa!... ¡Virgen acogedora!... ¡Virgen fiel!... ¡Obra maestra de la gracia!... ¡Modelo de entrega a Dios!... ¡Puerta del cielo!... ¡Estrella de la mañana!... ¡Salud de los enfermos!... ¡Refugio de los pecadores!... ¡Consoladora de los tristes!... ¡Auxilio de los cristianos!... ¡Reina... de todos!... ¡Reina de la paz!... ¡Reina de la paz!

Y cuando acabo con esta alabanza apasionada del piropo dicho con fuerza, la tengo que relacionar inevitablemente con esa otra alabanza ruidosa, estentórea, tronante, del arcabuz, en el momento para mí más emotivo de la fiesta, que es la entrada de la Virgen en la Basílica, tanto da, en la mañana de la Bajada o en la tarde del Día Ocho. Arcabuces que son como recias gargantas enfebrecidas que atruenan el ambiente, que convierten el aire en densa neblina gris, que son capaces de crear una especie de melopea telúrica, profunda, visceral, que se apodera del pueblo entero, que grita, canta, se enardece, se emociona y llora. Hasta el hombre llora. Y cuando el hombre llora, algo importante está pasando: Es la Madre que llega con paso seguro, lento, despacioso. Es la madre que visita a su pueblo.

Quiero terminar con las únicas palabras de María recogidas en el Evangelio dirigidas a unos hombres anónimos, que son válidas para los hombres de todos los tiempos, de todas las razas, de todas las culturas: "Haced lo que Él os diga".

Haced lo que Él os diga. Seguid el mandato de Jesús que se reduce a un solo mandamiento, el del Amor. Y se producirá el milagro. El milagro de un pueblo solidario, de un pueblo fraternal, de un pueblo unido, sin injusticias, sin diferencias sangrantes.

*El milagro de un pueblo en paz, en concordia, sin odios ni rencores.
El milagro de un pueblo gozoso, de un pueblo feliz, con la conciencia tranquila.*

Haced lo que Él os diga. Y se producirá el milagro. Que es lo que el pregonero que os habla desea para este bendito pueblo, para nuestra Yecla querida.

Muchas gracias.